

Como un relato policial

El lector que releyó a Eugenio Montejo. Arte poética de la lectura

ROBINSON QUINTERO OSSA

Letra a Letra, Bogotá, 2020, 122 pp.

LÚDICO, ORIGINAL, perspicaz, bien escrito, el libro constituye un jugoso y rico regalo para el lector de literatura, desde el simple aficionado al letraherido consumado. Crítica literaria, recepción textual, discurso sobre la lectura, notas al margen y notas sobre las notas al margen, compendio de textos seleccionados, en especial de poesía: son múltiples las disciplinas y facetas que comprende, en sus apretadas páginas, *El lector que releyó a Eugenio Montejo*, y que lo hacen tan atractivo para las distintas categorías de amantes del arte literario, a las que me he referido.

En rigor, el libro de Quintero Ossa pertenece al género del ensayo, pero recurre a diversas estrategias o técnicas literarias que lo hacen parecer un relato de ficción, concretamente un relato policial. En efecto, para empezar, Quintero Ossa, el autor, quien solo firma la nota introductoria y la nota final, crea un personaje sin duda imaginario a quien le atribuye el texto y por tanto la función de ser su narrador-expositor en primera persona: se trata de un innominado “docente en letras” que dirige un taller de creación poética; a su vez, este personaje comenta y examina las notas al margen que, en su ejemplar personal de la antología poética *El azul de la tierra*, de Eugenio Montejo (Norma, 1997), escribió un incógnito lector (sin duda, otro personaje inventado) que tuvo en préstamo el libro por algún tiempo. Ahora bien, todo el interés que despliega el profesor de poesía por las anotaciones del escoliasta desconocido tiene como una única finalidad descubrir la identidad de este, del mismo modo que un detective sigue pistas e hipótesis para develar quién es el autor de un crimen (de hecho, el profesor se llama a sí mismo “detective de poesía”). Más aún: el libro hace un uso deliberado, en seis de sus 22 capítulos, de un recurso parecido al *cliffhanger*, al finalizar con preguntas de este

tenor: “¿Quién era el ‘interrogador impertinente?’” (cap. 3); “la pregunta surgía de nuevo: ¿quién era?” (cap. 8); “en mi cabeza daba vueltas la misma pregunta: ¿quién era el oculto tras la máscara de marcapáginas?” (cap. 16).

El lector que releyó a Eugenio Montejo es asimismo, como puede apreciarse, una especie de caja china que contiene cuatro niveles: el texto de Robinson Quintero Ossa incluye el texto del profesor de poesía, que a su vez incluye la marginalia del lector incógnito, que a su vez incluye el texto de Eugenio Montejo. Dicho en otros términos, la obra consta de textos situados en distintos grados: en primer grado, *El azul de la tierra*, de Eugenio Montejo, del cual se reproducen completos siete poemas; en segundo grado, la marginalia del lector incógnito, que corrige casi la mitad de *El azul de la tierra*; en tercer grado, el texto del profesor de poesía, y en cuarto grado, el texto de Robinson Quintero Ossa, el que enmarca todos los demás.

El libro se desarrolla y se enriquece gracias a un tupido y extenso tejido de referencias intertextuales sobre diversos temas afines: la práctica general de la marginalia, las modalidades y casos literarios específicos que resultan comparables con los tipos de anotaciones del lector incógnito, el “estilo de poesía” supuestamente favorito de este último, la imposibilidad de establecer el sexo del mismo. Dichas referencias comprenden citas de ensayos y poemas de distintos autores, pero también relaciones detalladas, por un lado, de *affaires* como el de Raymond Carver-Gordon Lish, Eliot-Pound-*La tierra baldía* y Marichiko-Kenneth Rexroth, y por otro de múltiples ejemplos de transformaciones hipertextuales realizadas por escritores del pasado y de la modernidad.

Todo ello constituye un rasgo de la obra que no es gratuito sino, por el contrario, uno bien consciente, como consta en la página 68: “La literatura es este juego de alusiones: una cita trae la remembranza de otra, y así sucesivamente, como un espejo refleja a otro y este a uno tercero”. Si el libro tuviera un índice onomástico, ocuparía sin duda un número de páginas abundante para la corta extensión del volumen.

El lector que releyó a Eugenio Montejo, como indiqué al comienzo, es también lo que se denomina un

“discurso sobre la lectura”, de modo que ofrece varias reflexiones sobre la recepción textual o el arte de leer, las cuales funcionan a modo de principios y constituyen lo que el propio libro llama “arte poética de la lectura”. Algunas son ya hartamente conocidas y están asentadas como verdades incuestionables en la materia, tales como: “[...] un poema tiene tantas interpretaciones como lectores lo consultan” (pp. 17 y 20). O: en la comprensión de un texto lírico, influyen la experiencia vital y el bagaje cultural del lector, así como el entorno que rodea la lectura (clima, paisaje, luz, sonido ambiente). Otras observaciones revelan cuestiones no tan advertidas, pero resultan valiosas y pertinentes, a saber:

1) En la percepción de un libro incide la “tonada” del que se ha leído inmediatamente antes (después de leer a Whitman, puede que no te sienta bien Wallace Stevens).

2) No es conveniente leer en forma ininterrumpida por un período demasiado largo, ya que, en primer término, la mente se cansa, “se pierde ojo y discernimiento”, con la consecuencia negativa de que “las líneas comienzan a parecerse unas a otras, las buenas a asemejarse a las decorosas, y las decorosas a las malas, y así las malas a las buenas” (p. 37); en segundo término, porque es bueno “levantarse de la mesa, dar una vuelta a las calles para pensar en otro asunto, para ver las cosas con otros ojos” (p. 106).

3) La recepción de un poema es distinta según se lea desde la actitud de un lector desprevenido o desde la posición de escritor; desde esta última, se tiende a replicar el poema, a enmendarlo, mientras que “al lector común lo mueve más la emoción que la razón, más el qué dice el texto que el cómo lo dice” (p. 111).

4) “Es verdad que no siempre como se lee se escribe, y tal vez viceversa” (p. 111). Esto es, un escritor no siempre lee textos afines a su propia escritura, ni tampoco escribe en el mismo estilo ni en el mismo género literario que prefiere como lector.

Con relación al tercero de estos puntos, hay que decir que el profesor de poesía clasifica al ignoto escoliasta de la antología de Montejo como un lector-poeta y un lector-crítico. Sin embargo, en algún momento duda del

ENSAYO		RESEÑAS
<p>rigor de sus notas marginales y hasta se pregunta si en realidad llegó a releer el libro del poeta venezolano, lo que pondría en cuestión el título mismo de la obra, que define al anotador como el “lector que releyó a Eugenio Montejó”.</p> <p>Preguntemonos por último: ¿logró al final el “detective de poesía” dar con la identidad del desconocido “rayador de versos”? En el penúltimo capítulo del libro (el 22) se halla la respuesta, pero no la revelaré aquí para que sean los lectores quienes la descubran por sí mismos. En todo caso, lo que sí puedo asegurar es que la marginalia del anotador, tal como le ocurrió al profesor que siguió minuciosamente sus huellas, inspirará “una relectura crítica [...] provechosa” de los poemas de Montejó y, del libro en general, una actitud enriquecida para acercarse a la literatura.</p> <p style="text-align: right;">Joaquín Mattos Omar</p>		